



Luisismo fajista

En nuestro Bilbao ha ocurrido un incidente muy significativo, y que vamos a narrar tomándolo de *El Liberal* de aquella invicta villa. Que dice:

«Anoche se representó por segunda vez en el teatro Arriaga *Las corsarias*, asistiendo mucho público.

Los luises, envalentonados con la actitud observada por el señor Regueral cuando, hace próximamente dos años, suspendió la representación de una obra que pasaba por todos los escenarios de España, acudieron anoche al teatro Arriaga dispuestos a echar al público por un procedimiento ya conocido: el de la distribución por la sala de unas bolitas que despiden un olor insostenible.

Ejecutaba la orquesta el prelude de *Las corsarias*. Los luises ocupaban seis filas de butacas. Casi todos los espectadores taponaron con el pañuelo la nariz. Se aspiraba un olor repulsivo.

Uno de los espectadores se dirigió a las butacas que ocupaban los luises, y preguntó a uno de ellos:

—¿Qué harían ustedes si alguien intentase interrumpir una función religiosa?

—Pues hincharle la cara a bofetadas.

—Paf, paf. La cara del luis se puso al rojo por efecto de dos soberanas bofetadas.

A partir de este instante, muchos espectadores se abalanzaron y castigaron la actitud de burla y de intransigencia con que se presentaba el grupo de «obstruccionistas al asafétida».

Intervinieron los guardias de Seguridad y agentes de policía; pero los espectadores, excitados por el proceder de los que a toda costa quieren evitar la representación de *Las corsarias* por un procedimiento reprochable, continuaron dando bofetadas.

Algunos luises ganaron la puerta, dándose precipitadamente a la fuga, y fueron acompañados hasta la calle por los espectadores, justamente irritados.

El público de la galería presenciaba este espectáculo, que no estaba anunciado en el cartel.

Durante quince minutos, la representación estuvo interrumpida. Cuando los últimos luises abandonaron la sala se levantó el telón, y la

obra, muy bien representada por la excelente compañía de Ruiz y Anselmo Fernández, fué muy aplaudida.»

Omitimos los nombres de los detenidos por «asafetidar» la función, pues no es cosa de hacer el reclamo a esos mártires del capón.

El caso es muy simbólico y muy sintomático.

No conocemos *Las corsarias*—frecuentamos poquísimo el teatro—; pero aseguramos que no es contra su inmoralidad—si la tiene—contra lo que han protestado esos jóvenes luises. Porque éstos van a refocilar-se en funciones francamente pornográficas y asisten a casas de corsarias. Para ellos no hay más pecado que el de herejía; el de rebelión formal contra la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana, o mejor, contra la Compañía de Jesús. Lo vitando no son los excesos de la carne, sino los del espíritu.

«Lo peor es su conducta moral privada—decía de cierto austero hereje un padrecito de la susodicha Compañía—, y cada vez está peor, porque la concupiscencia de la carne se apaga con el ardor de los años; pero la soberbia del espíritu crece con éstos.»

El señor Regueral, ex gobernador idóneo de Vizcaya, perseguía, en efecto, en lo que le era posible, los excesos—según ellos—de la libertad de pensar, pero no sabemos que persiguiera el juego. Los gobernadores del rubánico Gabinete Sánchez Guerra—el que apostó por Rubán—tenían la consigna de tolerar el juego de azar. Se lo oímos a uno de esos gobernadores. ¿Y cómo podían hacer otra cosa los servidores de la Mascota del Palacio del Hielo? El juego de azar era, y sigue siendo, uno de los puntales de la dinastía borbónica-habsburgiana que está agonizando. Con el juego de azar se tenía encadenados a los republicanos de real orden, a los republicanos de su majestad, a los que le piden que abdique cuando ya la revolución está en plena marcha, y no por virtud de ellos, sino a su pesar.

Tampoco recordamos que en el programa de la Gran Camama Social de la fajismo jesuitico-dinástico, se hablase para nada del juego de azar. Ni sabemos que en los pulpitos—donde todavía se truena contra Juan Jacobo Rousseau—se predique contra él.

Repelimos que no conocemos *Las corsarias*; pero conocemos a los jóvenes luises, los cuales, a su vez, conocen muy bien a las otras corsarias. Y hasta sabemos de alguno de esos círculos de luises que era una timba. Se empieza por el billar—un medio de atracción—y se sigue con el monte. Verdad es que era una timba católica en que no se permitía soltar proposiciones inquietantes. ¿Blasfemias? ¡Bah, las blasfemias no hacen pensar! Y lo grave es pensar.

Cuando el general Ardanaz, ex gobernador de Barcelona, estuvo en Marruecos persiguió la blasfemia. Y acaso creyera que así se iba a evitar el acabamiento del derrumbe. Aunque por otra parte debió de considerar que si se persigue la blasfemia y la timba y el prostíbulo, ¿cómo va a poder sostenerse un Tercio? Hay que dar alguna expansión a esos buenos muchachos... «La guerra no se hace con rosarios», como decía el cura de Santa Cruz refiriéndose al piadosísimo general carlista Lizárraga. Ni los legionarios del cesariano Tercio, los que habían de traernos el fajismo dinástico, son motilonos de Cromwell, no son puritanos.

Cromwell perseguía en su ejército el juego y la blasfemia y la embriaguez; pero Cromwell era un hereje, un enemigo de la Iglesia de Roma, un enemigo de la Casa de Austria española; Cromwell había votado la ejecución de Carlos I; Cromwell había disuelto el Parlamento en el nombre de Dios, del Dios de los puritanos.

El luisismo y el fajismo dinástico y el maurismo no son puritanismo. Lo que no es, por otra parte, alabar, sin más y sin restricciones, a éste; no. El luisismo es amplio y tolerante, como el casuismo jesuitico que fustigó el gran Pascal—un santo—en sus inmortales *Cartas de un provincial* (las *Provinciales*).

Lo que es del más puro fajismo es el empleo de la asafétida. «Pero ellos, los que esgrimían esa arma caballeresca y jesuitica, ¿no sentían sus efectos?»—se dirá algún lector. Ellos, no; ellos están acostumbrados a los más acres hedores; a ellos no les hacen efecto las hediondez. Y a lo sumo las neutralizan con incienso.

¡Que venga, que venga el fajismo jesuitico-dinástico armado de su asafétida! Tiene de donde proveerse de hediondez.

Miguel de UNAMUNO

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID